

RESEÑA DEL LIBRO
AYN RAND AND THE WORLD SHE MADE

(Autor: Anne C. Heller,
New York: Nan A. Talese,
Doubleday, 2009, 567 pp.)

MANUEL MARTÍN RODRÍGUEZ*

Anne C. Heller, periodista especializada en dinero y finanzas, llegó a interesarse por Ayn Rand por sus ideas sobre el dinero, que seguramente conoció por el famoso discurso de Francisco de Anconia, uno de los héroes de su novela *Atlas Srugged*. Lejos de su entorno intelectual y crítica con sus actitudes ante la vida y con algunas de su ideas filosóficas, aunque respetuosa siempre con la extraordinaria importancia de su obra, ha escrito una excelente biografía de la escritora rusionorteamericana, gracias a la cual hemos podido conocer parte de las relaciones que mantuvo con los economistas liberales de los círculos intelectuales de Nueva York y Los Angeles, las dos ciudades en las que alternó su residencia desde su llegada a los Estados Unidos, una cuestión que ha venido interesando a los historiadores de la economía y a la que dedicamos principalmente esta breve nota bibliográfica.

Nacida como Alissa Zinovievna Rosenbaum en San Petestburgo en 1905, en el seno de una familia judía con un buen nivel de vida, que le permitió vacaciones anuales de seis semanas en distintos países europeos, conoció de cerca los horrores de la revolución de 1917, que expropió a su padre todas sus propiedades, incluida su propia casa y la farmacia en la que daba empleo a media docena de mancebos. Decidida a no verse privada de libertad durante el resto de su vida, en 1926 consiguió llegar a Estados

* Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública. Departamento de Economía Aplicada. Universidad de Granada.

Unidos, donde permaneció ya hasta su muerte, ocurrida en Nueva York en 1982. Tras unos primeros meses muy difíciles, encontró un trabajo como guionista en Hollywood, lo que había deseado al llegar, y poco después como novelista profesional, publicando sucesivamente cuatro grandes novelas, con las que consiguió fama, dinero y reconocimiento como filósofa. Ninguna de las cuatro fueron novelas al uso. Una inteligente combinación de estructura narrativa, sexo y, sobre todo, ideas filosóficas fuertes hizo que las leyeran millones de jóvenes, que la convirtieron en su ídolo durante el resto de su vida.

Aunque la expresión más acabada de sus ideas filosóficas está en la última de ellas, *Atlas Shrugged* (1957), una valiente e inteligente defensa del capitalismo, cuando publicó la primera, *We the Living* (1936), en la que expuso los efectos letales del totalitarismo, tenía ya plenamente elaborada su filosofía, que Rand defendió ardorosamente a todo lo largo de su vida creyéndola totalmente distinta a todas las demás. Entre ambas publicaría *Anthem* (1938), y *The Fountainhead* (1943), ésta última un canto radical del individualismo. Aparte sus intervenciones públicas en numerosas conferencias a las que fue invitada en su tiempo y en el NBI, un instituto fundado por Nathaniel Branden, su amante y más próximo seguidor durante algunos años, con la finalidad de difundir sus ideas, a las que ambos llamaron *objetivismo*, publicó también algunas obras filosóficas, entre ellas *Capitalism: The Unknown Ideal* (1967) e *Introduction to Objectivist Epistemology* (1979). Sin embargo, para hablar de sus ideas ella prefirió siempre remitirse a sus novelas y, en particular, al *speech* radiofónico de su héroe John Galt en *Atlas Shrugged*, que le costó escribir varios meses, día y noche, produciéndole un agotamiento y, después, una depresión que le duraría casi tres años.

En esencia, los fundamentos del *objetivismo*, la filosofía moral de Rand, que Heller va exponiendo magistralmente a lo largo de toda su biografía, son los siguientes: i) la realidad es la que es y las cosas son lo que son, independientemente de los sentimientos, los juicios y las opiniones, o dicho como a ella le gustaba, A es A, una idea que tomó de Aristóteles en oposición al idealismo de Platón; ii) la razón es capaz de entender lo que las cosas son, también una idea aristotélica; iii) cualquier forma de conocimiento

irracional, sobrenatural o místico debe ser rechazado; iv) es posible crear un código ético racional a partir de un juicio adecuado de la naturaleza humana y de la naturaleza de las cosas; v) el patrón de lo que deba considerarse como bueno no es Dios, ni las necesidades de la sociedad, sino «man's life», es decir, todo lo que se requiere objetivamente para la vida de los hombres, para su bienestar ; vi) un ser humano es un fin en sí mismo, por lo que tiene pleno derecho a vivir para sí mismo, sin tener que sacrificarse por los otros y sin que los otros tengan que sacrificarse por él; vii) el principio de justicia y de respecto a la autonomía individual debería sustituir al del sacrificio en las relaciones sociales; viii) ningún individuo, ni grupo, tienen derecho a iniciar el uso de la violencia en contra de otros, pero podrían hacerlo frente a quienes la inicien; y ix) el principio de toda organización social debe ser el respeto a los derechos individuales y la única función del gobierno la de actuar como guardián para que se respeten.

A lo largo de su vida, Rand repitió una y otra vez que el capitalismo era la única forma de organización social en la que podía funcionar su individualismo radical, y que el dinero era la única forma posible de relacionarse unos individuos con otros para realizar transacciones que convinieran a ambas partes. Fue tal la fuerza con la que defendió estas ideas y tan extrema la identidad entre los individuos que debían actuar según sus principios que fueron muchos los críticos de su obra que pensaron que estaban ante una nueva forma de fascismo o de comunismo, lo que le producía a Rand una gran irritación. En todo caso, el nulo papel de los sentimientos en su filosofía moral, sugería un individualismo distinto al de Adam Smith o al de Bentham, y eso fue lo que le llevó a tener no pocos problemas con los economistas, incluso con los liberales y con los de la escuela austriaca, que fueron los que más se acercaron a ella.

En 1937, cuando todavía no había aparecido *The Fountainhead*, la novela que le dio definitivamente la fama, para complacer a unos amigos que se lo pidieron asistió en la New School for Social Research de Nueva York a una conferencia del socialista británico Harold Laski, que por entonces ejercía una gran influencia no sólo en los Estados Unidos sino en toda América Latina. Le bastó este encuentro para evitarle y odiarle toda su vida, y para

aprovechar cualquier ocasión para zaherirle y criticarle. Una vez dijo sarcásticamente de él: «You could sense the bared teeth behind his smile». Éste sería uno de los rasgos de su carácter que más problemas le causaría con los economistas. O se estaba con ella, o se estaba contra ella. No había circunstancias a las que adaptarse. Sólo había realidad y principios.

En el periodo 1953-1957, Rand fue una de las invitadas regulares a las cenas de Frances y Henry Hazlitt en su apartamento de Washington Square. Se conocían desde hacía tiempo porque Frances y Rand habían trabajado a principios de los cuarentas para Richard Mealand en las oficinas de la Paramount Pictures en New York. Después, Rand había aportado fondos en 1948 para la edición de *The Freeman*, la revista de la que Hazlitt fue editor durante años. A través de ellos conoció en 1941 a Mises, a quien Hazlitt había ayudado a ir a Estados Unidos en 1940. Ambos tenían mucho en común, dice Heller. Defendían la propiedad privada, la desregulación de los mercados y el patrón oro para evitar que el gobierno aumentase su poder mediante la inflación. Durante años, Rand recomendó sus libros a sus propios seguidores, algo poco habitual en ella. Sin embargo, años más tarde, no dudaría en escribir la palabra «bastard!» en una agria nota al margen de *Human Action*, irritada por el rechazo de Mises a la moral, como opuesta al capitalismo. A partir de entonces, aunque mantuvieron formalmente la amistad, sus discrepancias fueron en aumento. Por ejemplo, Rand no podía entender como Mises se posicionó a favor del servicio militar obligatorio después de la II Guerra Mundial, cuando para ella los derechos individuales estaban por encima de cualquier otro valor.

Entre quienes acudían al seminario de Mises en la NYU estaban Richard y Herber Cornuelle, el propio Hazlitt, George Reisman, más tarde distinguido economista de la Pepperdine University y autor de *Capitalism: A Treatise on Economics* (1996), y un todavía joven Murray Rothbard, a quien los hermanos Cornuelle propusieron un día ir a conocer a Rand. El encuentro tuvo lugar un sábado por la tarde del mes de julio de 1952 en una reunión formal entre los miembros del Circle Bastiat, que lideraba Rothbard, y los miembros del Colectivo Rand, del que formaba parte Alan Greenspan, que asistió a la reunión. Los jóvenes del Circle

defendieron su proposición miseana de que los valores de la gente, es decir, sus juicios y sus decisiones, eran necesariamente subjetivos, mutables y a veces arbitrarios. Rand, por el contrario, les llevó primero a admitir el hecho objetivo de su propia existencia —A es A—, luego apuntó a que la vida humana exigía la disponibilidad de recursos concretos y la adopción de acciones que debían tomarse necesariamente y, después de establecidas estas premisas, desarrolló ya los demás principios del *objetivismo*. Los del *Circle Bastiat* no supieron qué contestar y a las cinco de la mañana, después de un larguísimo y tenso debate, salieron derrotados, según escribiría años más tarde Cornuelle. En los días siguientes, sin embargo, Rothbard advertiría a Cornuelle que el rechazo de la relevancia de las raíces familiares, del propio carácter y de las preferencias personales en la formación de los valores y de las ideas convertía a los hombres del sistema randiano en «hombres idénticos», una objeción que los economistas austriacos no verían con claridad hasta años más tarde. Pese a ello, tampoco Rothbard pudo resistirse a su atractivo intelectual y estuvo, entre sus más firmes defensores en los años siguientes.

Atlas Shrugged no tuvo buena crítica al publicarse. Hubo quien comparó sus ideas a las de Hitler. Los amigos y seguidores de Rand se movilizaron en su favor. Mises también lo hizo, aunque no quiso comprometerse públicamente. En una breve carta, después de decirle que había escrito algo más que una novela, añadió lo que más le habría gustado oír a Rand: «You have the courage to tell the masses what no politician told them: You [the masses] are inferior and all the improvements in your conditions which you simply take for granted you owe to the effort of men who are better than you». Greenspan, por su parte, escribió una réplica a *The New York Time*, donde había aparecido la crítica más dura. Y Rothbard contestó a la acusación de *Commonweals* de que la novela carecía de compasión y era simplemente fruto del odio, diciendo que su autora «displayed a lot of compasión for the heroic individuals who were being eaten alive by society's looters». Además, le escribió una carta personal de cuatro páginas, en la que comenzaba diciendo: «I will start saying that all of us in the Circle Bastiat are convinced... that *Atlas Shuugged* is the greatest novel ever writen». Y más adelante continuaba: «For the first time

[in history], you have [depicted] persons and their actions in perfect accordance with principles and their consequences». En 1957, pues, Rand no había perdido aun a ninguno de sus amigos economistas, pese su obstinación en exigirles una absoluta alineación «a favor o en contra» y a las precoces objeciones filosóficas de Rothbard. Algunos de ellos habían aceptado incluso dar alguna clase de economía en el NBI, cuando éste consideró conveniente ampliar sus actividades, e incluso se sometieron a sesiones de psicoterapia de Branden, incluido el propio Rothbard.

El principio del fin de las relaciones de Rothbard con Rand llegó en el verano de 1958 cuando Branden le acusó de haber plagiado algunas ideas del *speech* de John Galt y de la tesis de su mujer, Bárbara, presentada en la NYU. Sometido incluso a juicio, Rothbard no podía entender que se le acusara de plagiar a una novelista, por más que sus ideas fueran muy poderosas, viéndose obligado a exponer con detalle sus propias fuentes, que iban desde Aristóteles, a Smith y Nietzsche. El incidente estuvo a punto de acabar con su carrera y acentuó sus depresiones, por entonces ya frecuentes. De su lado estuvieron Mises, Helmut Schoeck y otros pensadores liberales, pero Rand tuvo del suyo a George Reisman y Robert Hessen. A partir de entonces, Rand endureció las reglas para acceder a su club y comenzó a proteger su propia filosofía, más incluso que lo había hecho hasta entonces. Quienes le rendían culto, que se contaban entonces por millones, tenían que hacerlo sin condiciones, absolutamente.

Sus relaciones con Hazlitt se enfriaron a partir de que éste publicara su clásico libro *The Foundations of Morality* (1964), en el que hacía una defensa de la ética del utilitarismo —la mayor felicidad para el mayor número de personas— que también irritó a Rand profundamente. Desde entonces, ésta no tuvo ya una sola buena palabra para con él, pese a haber sido uno de sus primeros y más fieles amigos y valedores en los círculos liberales neoyorkinos.

El único economista que parece le fue fiel hasta su muerte en 1982 fue Greespan. Invitada especialmente por éste en el otoño de 1974, Rand viajó a Washington, D.F. para su toma de posesión como *chairman* del Council of Economics Advisers del presidente Ford. Del acto han quedado fotografías, en las que se ve juntos,

como un grupo de estrechos amigos, a los matrimonios Ford y Greenspan y a Rand con su marido, Frank O'Connor, un actor de segunda fila que le acompañó sumisamente durante toda su vida. Tres semanas después, en uno de los primeros actos públicos de Greenspan, convocado para discutir sobre la forma de hacer frente a la inflación, John Kenneth Galbraith bromeó sobre que los únicos remedios conocidos para la inflación eran los de los «Bolsheviks and devoted supporters of Ayn Rand, if there are any presents», a lo que Alan Greenspan contestó inmediatamente: «There's at least one». A partir de esta confesión pública, Rand no dejó de ser preguntada por su influencia en la agenda antiintervencionista de esos años. Su respuesta en *Time* fue inequívoca: «I am a Philosopher, not an Economist... Alan doesn't seek my advice on these matters». No era una economista, en efecto, pero ejerció una gran influencia en muchos economistas liberales de su tiempo y «she made a world» realmente propio, como ha contado Heller en su estupenda biografía.